

EL HOMBRE EN SOCIEDAD

El gran conversador, enamorado de la vida, amigo de sus amigos, viajero incansable; el hombre en sociedad y qué sociedad son, entre otros, los temas recurrentes que afronta este último capítulo del libro, el más grueso a juzgar por la abundancia de colaboraciones.

Almerienses de un siglo. Manuel del Águila: escritor y musicólogo

Miguel Naveros

Da la sensación de que ha nacido cincuenta años antes de cuando debería haberlo hecho, porque este escritor y musicólogo almeriense, librepensador y cosmopolita, es hombre mucho más de la actual estirpe europea que de la celtibérica que entonces estaba de obligada moda. Dio clases de inglés y de francés y viajó por Europa. Tuvo siempre un ojo bien centrado en Almería y, al tiempo, otro viajando por un mundo que en el fondo anhelaba por más libre y más culto. Almería le debe más de cuanto muchos creen.

El 14 de abril de 1931 vio la marea humana que bajaba por la calle Granada de los barrios obreros hacia la Puerta de Purchena para recibir con alegría, cánticos y muchas espuestas de esperanza la República. Lo vio desde el balcón de su casa, porque ha vivido desde siempre en una de las esquinas que mejor controlan el pulso de nuestra ciudad, sobre la cestería que hay a la entrada de la calle de Granada. El balcón mismo frente a la casa de los Bustos es uno de los grandes protagonistas de su vida, un poco el ojo que Scott Fitzgerald colocó frente a la gasolinera de *El gran Gatsby*. Manuel del Águila habla con el gesto del escritor. «Siempre he observado, siempre lo he observado todo, porque me encanta conocer y también porque he vivido una época en la que a veces más valía ver que hablar y observar que destacar. Sí es cierto que este balcón lo ha visto todo, mucho más que yo. La alegría de aquel 14 de abril y la que hubo luego, el día que acabo la Guerra, una euforia que resultó falsa, porque la gente, cansada ya de hambre, de tensión, de muertes, creía que había llegado, en efecto, el final de tantas cosas. Pero... Se esperaba más piedad. No se esperaba la represión que hubo».

Manuel del Águila Ortega (Almería, 1919) ha sido siempre una persona muy especial en el panorama de nuestra ciudad, alguien distinto que da la sensación de haberse adelantado a su época en medio siglo y que habría sido más feliz, inmensamente más feliz, ahora: «Feliz he sido, razonablemente feliz, que es a lo que puede aspirar alguien

con conciencia, pero también es cierto que el mundo de hoy me gusta más, mucho más, que el que viví en mi juventud, mejor dicho, que aquel en medio del cual viví, porque lo que fue mi ámbito familiar y más personal habría sido inmejorable. Era profundamente liberal, en toda la amplitud del término». Manuel del Águila tuvo desde muy pequeño, con dos años apenas, una vida distinta a la que suelen tener la mayoría de los mortales: «Mis padres biológicos, Manuel del Águila Martínez y Dolores Ortega Ferrer, fallecieron cuando yo era muy pequeño y pasé al cuidado de unos íntimos amigos de ellos, Francisco Bracho y Dolores de la Vega, que no tenían hijos, bueno, que habían tenido uno, Manolo, en 1927, pero había muerto. Y ellos me trajeron a esta casa». Eran gente liberal e ilustrada el comerciante Francisco Bracho y Dolores de la Vega, la hija de un medido malagueño que había sido desterrado de Málaga, antiguo diputado republicano por su provincia y creador de la sociedad La Humanitaria. Dolores había sido educada en las Damas irlandesas y en francés, algo que luego marcaría a aquel segundo niño Manuel a cuyo cargo iba a estar Manuel, tuvo una excelente formación y «el resto lo hizo la vida». Entre lo de «la vida» no lo menor fue el contacto con sus hermanos «que venían mucho por aquí, mucho, como a su casa. Ya quedamos tres».

Manuel tenía veinte años cuando acabó la Guerra Civil y empezó la Dictadura. No llegaba, pues, su juventud en el mejor de los momentos y el joven culto, lector empedernido, refinado, estudioso, heredero del espíritu de un krausismo que salía hecho jirones de la derrota intelectual que supuso el fin de la República y su intento renovador, no podía dedicarse sino a dos cosas, hacer deporte y seguir leyendo: «Tuve una juventud marcada por mi bicicleta, mi playa de San Miguel y de Villagarcía, mis baños y mis libros, siempre mis libros. No había más que eso, hacer deporte y formarse. Yo siempre fue una persona optimista, quiero decir, que busca el lado bueno de las cosas y de la existencia, un hedonista, y como tal viví mi juventud». Insiste en que no otra cosa era posible en aquella España silenciada y en aquella Almería pequeña donde apenas se podía aspirar a engrandecer la propia cultura y la propia silenciosa meditación.

Y en esto llegó Celia Viñas. Corría el año 43 y la joven profesora mallorquina escogió Almería porque quería una ciudad de mar para vivir. Y en el mar la conoció Manuel del Águila: «Estaba yo en la playa con un grupo de amigos cuando llegó con Fernando Ochotorena. Se cam-



*La vida en sociedad. Consuelo Enríquez de Salamanca, Jacobina Vértiz
y el gobernador Sánchez Malo en el casino*

bió en la caseta que yo tenía, en la caseta que he tenido durante treinta y dos años, y al final subimos andando hacia la ciudad: Yo vivo en el Andalucía, me dijo. Pues yo justo enfrente, le contesté. Ese fue nuestro primer contacto». Al principio montaban juntos en bicicleta e iban a la playa, nada más, aunque se comentaron otras cosas por la ciudad, pero un día, mientras la profesora Viñas volvía de Santa Fe con sus alumnos, alguien empezó a cantar el Si vas pa' la mar, siguieron todos a coro y se enteró la mujer de que era de él la canción. Se fue directa a su casa: «Por aquí apareció. Me vio al piano y... empezó una segunda fase de nuestra amistad, la musical. Le toqué cancioncillas de Lorca, llegaron mis padres y se quedó a cenar. Vino el día siguiente con una caja de bombones y nos dijo: Para que me invitéis más». Volvió muchas veces Celia a casa de Manuel del Águila, unas veces a comer «lo que hacía la Tata, mi tata Manola, que ha estado conmigo veintidós años y que le dejaba recados en el Andalucía cuando sabía que el plato de ese día le gustaba», y otras a trabajar con Manuel. Buscaba para un obra de Lope de Rueda una música medieval, «me pidió que la ayudara y acabé adaptando una de Juan de la Encina. Una cosa con otra. Celia me hizo recorrer el panorama musical. Sin duda, le debo a su impulso y a sus ánimos parte de lo que de música sé».

No sólo él, Almería en general le debe mucho a Celia Viñas, afirma Manuel del Águila de nuevo con el gesto del escritor, pero también con el tono del musicólogo o del compositor, marcando los acentos y los tonos: «Almería le debe a Celia Viñas mucho más de lo que la gente se cree, porque fue enorme, enorme, su labor en medio de aquel ambiente levítico, de rosario de la aurora, de ejercicios espirituales», dice como en una letanía. Celia era una mujer de izquierdas, hija de un represaliado que perdió su puesto de profesor tras el triunfo de Franco, «pero supo disimularlo, no manifestarlo públicamente, mejor dicho, y trabajar sordamente por meter desamor a la historia que se proclamaba con triunfalismo y amor a la que se ocultaba, la de los poetas como Machado, o García Lorca, o Hernández. todo lo hizo con enorme discreción, pero abrió muchas cabezas». Manuel del Águila tiene recuerdos imborrables de ella, alguno tan material como unas dedicatorias que se antojan elegante y delicadamente apasionadas y una bellísima fotografía: «Tenía un sentido muy amplio del arte y era, ya se ve, una excelente fotógrafa. La composición de esta foto», y enseña Del Águila una foto suya sosteniendo un balandro, con los brazos cortados, como Hermes, «habla de un sentido plástico muy profundo». La dedicatoria de la

foto es significativo: *A Manolillo del Águila, canon de muchas cosas* y el texto en verso fijado por detrás una descarga de sentimientos muy profunda y aún más valiente.

Un día, allá por el principio de los cincuenta, le llegó Celia Viñas con un papel: «Firma aquí, Manuel, que para eso eres el secretario», le dijo extendiéndole el acta de un concurso literario: «Era el premio, para Agustín Gómez Arcos. La verdad es que era el mejor texto de largo, con lo que no era injusta Celia al... digamos que imponer el premio, pero sabía que Agustín iba con las alpargatas rotas y le hacía falta el dinerillo. Era sí Celia, una humanista de espíritu humanístico». Ese y muchos detalles de Celia Viñas influyeron en Manuel, con quien la amistad se fue estrechando: «Cada vez colaborábamos más. Insisto en que me empujó mucho y eso me ayudó a completar mi formación». Celia, los libros, la naturaleza y Europa en su formación: una temporada en la Argelia francesa, cerca de Orán, «en medio de un ambiente como el de Beau gest que no olvidaré nunca, porque era como el de una película», Francia con unos tíos, luego a Inglaterra, y Suiza, con un lectorado para enseñar español.

En una ocasión el Doctor Francisco Pérez le pidió que le diera clase de inglés a su hijo Paco. Acababa de incorporarse el inglés al bachillerato y Paco quería ir bien preparado: «Yo nunca le habría dicho que no a nada que me planteara un hombre como don Francisco Pérez, que tanto valía y al que tanto molestaron después de la Guerra por sus ideas, por su humanidad y por sus ideas, y empecé a dar clase. Fue como un alud de nieve. Al final pasó por aquí media Almería». El despacho con puerta directa a la escalera, en el que daba las clases está prácticamente tal cual años después de haber dejado ya de darlas: la mesa grande, los métodos, hechos por él mismo seleccionando lo que más le gustaba de cada método que salía a las librerías, colocados cada un a un lado de las dos lámparas en el centro de la mesa, a un lado los de Inglés y al otro los de Francés: «El canal de La Mancha llamaban mis alumnos a estas lámparas». Recuerda bien Manuel del Águila a aquellos chavales, y recuerda bien aquellas clases: «Siempre me gustaron las lenguas, siempre me gustaron el Inglés y el Francés, siempre me gustó el contacto con la gente joven y siempre me gustó... aportar». Manuel del Águila aportó liberalidad, aportó posibilidades para que se abrieran las mentes, como había hecho Celia: «Yo recibía mucha prensa francesa e inglesa y cuando había algo sobre España siempre lo dejaba encima de las

demás revistas o diarios para que fueran viendo. Fue una actividad sorda, clandestina, callada, pero creo que eficaz. Ellos lo leían, y el hecho de leerlo en otra lengua hacía que hasta le hicieran más caso y les gustara más lo que allí se decía, porque se ponían contentos al ver que entendían».

Sus clases, su música y su poesía. Manuel del Águila ganó el Premio Nacional de Canciones convocado en 1950 por la Universidad de Barcelona con *Si vas p'a la mar*, *Petenera de la orilla* y *Por el cielo va la luna*. La historia de *Si vas pa' la mar* le encanta: «Es tan sencilla como lo siguiente. Había un chico en El Alquíán al que cada vez que bajaba al playazo alguien le encargaba algo: Si vas pa' la mar, llévate... , o: Si vas pa' la mar, si vas pa' la mar, que un día el chico lo medio canturreó, y yo, que lo oí, empecé a darle vueltas. El resto era su propia historia de amor con la hija de un facistón que le prohibió la chiquilla ir con el hijo de un rojo, y hasta los amenazó con una vara de almendro, etc. Así es. Y ésa es la canción, que luego cantarían Manolo Escobar». Y además de las canciones, los libros: *La canción como forma expresiva*, Almería del recuerdo, junto a Fermín Estrella, *Seis chiquillos en la orilla*, un cuento en Braille, poemas, estudios musicales: «Hice el capítulo de Andalucía de la guía *Descubra España* del Readers's Digest y ahora les estoy preparando un trabajo sobre el folklore español». Además, trabaja en una antología poética: «Siempre escribí poesía, siempre», aunque no quiere contar los elogios de Vicente Aleixandre a un poema suyo publicado en una revista de Sevilla.

Y así transcurre la vida de Manuel del Águila, entre el recuerdo de una Almería que tal vez conozca como nadie, entre libros, entre música, entre los muebles y los objetos de una casa llena de cosas, «pero todas con significado», y entre la ilusión de alguien que tal vez naciera antes de tiempo, pero que ha sabido dominar ese tiempo y que se dispone a seguir haciéndolo: «Estoy lleno de proyectos. Le faltan minutos a mis días y sosiego a mi vida, porque siempre hay alguien que viene a mi para...».

El recuerdo de Celia

Manuel del Águila coincide con quienes piensan que Celia Viñas supuso para Almería algo mucho más de lo que la gente creía y cree.

En un «ambiente levítico de rosario de la aurora y ejercicios espirituales» el trabajo de aquella mujer que llevaba a menudo alpargatas con cintas fue un redoble de conciencia que abrió la mente a muchos jóvenes, «que excarbó en los espíritus planos». El teatro, recuerda Del Águila, lo hacía sobre todo para congregarlos, para sacarlos de su atonía, «para ur-ba-ni-zar-los». Llegó hasta a «forzar, torcer y retorcer» los textos e interpretar para que entrara más gente en los repartos y así comprometer a más con la cultura y con todo lo que la cultura conlleva, afirma. Ella, cree Manuel del Águila, «si que se anticipó a su época».

(La Voz de Almería, 31-XII-1999)

«Yo fui su primer alumno»

Francisco Pérez Company

Hace unos días, Carmen Pinteño y Rafael Gómez Fuentes me dijeron que el Instituto de Estudios Almerienses preparaba un Libro-Homenaje a Manolo, a quien tanto le debe la cultura almeriense y tantísimo debemos los que tenemos la suerte de ser amigos suyos y disfrutamos de sus enseñanzas.

Hace unos cuatro años, cenando en casa de unos amigos, nos dijo que arreglando sus libros, sus papeles, había encontrado una libretilla en la que yo aparecía apuntado como su primer alumno.

Recuerdo con alegría y agradecimiento aquellas primeras clases de inglés, francés y humanidades. Mi padre era el médico de su familia y había sugerido a la madre de Manolo (Doña Lola), una viejecita linda, adorable, inteligente y culta, la conveniencia que en los meses de verano, Manolo me diese clase de Inglés y Francés. Por aquellos años (1950), no había muchas posibilidades de encontrar un buen profesor. Recuerdo que Manolo trabajaba (es un decir) en el Servicio Nacional del Trigo, en la calle del cine Hesperia. Tenía un despacho grande, de techos altos, muy fresco, y en aquellas mañanas calurosas del verano almeriense, antes de ir al balneario *San Miguel*, recibía sus primeras lecciones.

En aquel maravilloso Instituto de Enseñanza Media, en la actual Escuela de Artes y Oficios, teníamos unos profesores estupendos, una buena profesora de francés y un profesor de inglés que era una muy buena persona, pero tenía un defecto palatino y su pronunciación no era la más adecuada.

Manolo era casi tan joven como hoy. Tenía y nos transmitía a todos, un deseo grande de aprender y cultivar el espíritu y la inteligencia. Era y es «casi un hombre universal» al estilo renacentista.

Mientras Dios nos preste vida, como dicen mis parientes mexicanos del exilio, recordaré la casa de Manolo en la calle Granada con devoción y admiración.

La sonrisa de Doña Lola, la ironía de Don Paco Bracho y la bendita tata Manuela, que en su cocina, con cosas sencillas, preparaba

exquisiteces; el piano, los libros, las fotos dedicadas de grandes señoras del Teatro y del Cine de la época, y con especial intensidad recuerdo el respeto y cariño de Manolo para sus mayores y para todo el mundo que le trataba.

Se hacía querer y respetar, con una finura de espíritu y delicadeza fuera de lo común. Escrito esto con un fondo musical, la sinfonía del Nuevo Mundo que escuché por vez primera hace muchos años, no tantos, solo unos 50, en casa de Manolo. Recuerdo que pocos días después tuvimos la suerte de escuchar, en la Biblioteca Francisco Villaespesa, a Gerardo Diego («La Noche en la Poesía y en la Música») con una deliciosa presentación de Celia Viñas que fue una gran amiga de Manolo.

Gracia Manolo:

A gente como tú, Amigo y Maestro, deberíamos clonaros.

METODO DE FRANCES

CURSO PRACTICO



MANUEL DEL AGUILA

Profesor de idioma y autor de cursos prácticos sobre francés e inglés

Manolo del Águila y Celia Viñas o el valor de la amistad

Francisco Galera Noguera

Universidad de Almería

Considera nuestro añorado José M^a Artero, en el prólogo al libro *Almería del recuerdo* (Almería, Cajal, 1974), a Manuel del Águila «anclado voluntariamente en este rincón de España con vocación de isla, poeta, músico, conversador, enraizado medio siglo en esta tierra del sol, como el almeriense de siempre». Para Jesús Ruiz Esteban, en la previa a la entrevista que él realiza a Manuel del Águila en este mismo libro, «Manolo puede ser poeta, escritor, compositor, profesor... pero sobre todo, amigo». Sin caer en exageraciones y despojado el término de todo el desgaste que ha sufrido, es la palabra que mejor define a Manolo y con la que he encabezado el título para esta sencilla contribución al merecido homenaje que, coordinado por el común amigo Kayros, se le rinde en este libro. Él fue el gran amigo de Celia Viñas en Almería. Vecindad, amistad y comunión en el arte fueron los valores que los mantuvieron unidos durante todo el tiempo que Celia vivió en nuestra ciudad, desde su llegada, 1943, hasta su muerte, 1954. El breve recorrido de las líneas siguientes intenta evidenciarlo.

El inicio de esta amistad se produjo a los pocos días de la llegada de la leridana a nuestra ciudad, en marzo de 1943. Estaba Manolo, con un grupo de amigos bañistas, sentado en la arena y le fue presentada por un amigo común. Así la recuerda el antiguo corresponsal de Radio Nacional de España en Almería: «Era grácil su figura saliendo del agua con para la época un atrevido bañador de nadadora, estrujando su trenza y deshumedeciendo las manos en las piernas, para saludar. Menuda y ágil, entonces muy delgada, parecía una alumna de bachillerato. Y así fue siempre: alegre, juvenil, extrovertida, imantándonos con su pronta risa: su voz, ronca de entregas y llamadas; derramadora de afectos y acogidas; arrebatadora de voluntades y de amores».

A partir de ese momento, compartirán aficiones: el mar, el ciclismo, las excursiones por la geografía provincial y, sobre todo, la pasión

por la música. Manolo ha contado muchas veces que Celia llegó un día a su casa en la calle Granada, junto al Hotel Andalucía, donde se hospedaba Celia al volver de una excursión que había realizado a Fiñana, y le pidió que le enseñara la canción *Si vas 'pa' la mar* que sus alumnos habían ido cantando durante el trayecto y que, como ella había pedido que se la repitieran, ellos le dijeron que lo hiciera su amigo Manolo que es el autor. Finalizado el viaje, le preguntó desde el portal si era verdad y, al contestarle afirmativamente, ella respondió: «No es posible, tú eres un buen ciclista; un regular nadador y un apañado *bailabónicas*, pero autor de 'eso', no; rotundamente, no». Subió, se sentaron al piano y miraron numerosos apuntes que Manolo había recogido, dentro del amplio folklore almeriense, hasta entonces casi desconocido. Celia muy pronto comprendió que sí lo había compuesto él.

A partir de entonces, hubo entre ellos una larga colaboración artística y musical iniciada con la inclusión de la citada canción en su obra *Plaza de la Virgen del Mar*, para la que Celia y Tadea crearon una escena exclusiva. Dice Manolo: «Me sentí gratísimamente arrastrado a participar musicalmente en aquel mundillo teatral creado por ella, tan enormemente amplio que pasma al enumerar los títulos que fueron representados, que abarcaron desde los primeros clásicos castellanos a los últimos éxitos del teatro universal, por lo que me vi obligado a buscar en los viejos cancioneros de Palacio, Callejón y Upsala, hasta los ritmos africanos, necesarios para el *Emperador Jones*».

El domicilio de Manolo era para Celia como su propia casa. Entraba y salía como un miembro más de la familia, dada la proximidad de su Hotel Andalucía. Allí comía, descansaba o se duchaba. Una anécdota curiosa. Aún se conserva una nota manuscrita de Manuela, la mujer de confianza de la casa de Manolo, en la que decía: «Señorita Celia tenemos tortilla con tomate y pescada con almendras. Venga». Igualmente, finalizaban en su casa las estancias de los conferenciantes o artistas que invitaba Celia a intervenir en la Biblioteca Villaespesa o en el Instituto y allí organizaban tertulias sobre pintura, música, literatura, etc., generalmente en la terraza, que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, con frecuencia amenizadas por la guitarra de Richoly o el piano del propio Manolo.

Fueron frecuentes las colaboraciones de Manuel del Águila en las numerosas actividades literarias organizadas por Celia Viñas. Así, tuvo lugar la audición por primera vez en Almería de la canción del

zéjel *A la uva de Almería*, original de Celia Viñas y Manuel del Águila, con motivo de la representación del auto sacramental de Calderón de la Barca *La Hidalga del Valle* el 20 de diciembre de 1950. La música es de Manolo del Águila y la letra, de Celia Viñas. He aquí el texto:

¡Ay!, a la parra, la parra, la parra
y la uva, la parra, la parra,
la parra, el parral.

A la uva de Almería,
a la uva, uva y va,

cantemos con alegría,
cantemos con alegría. (bis)

Polvillo de oro y abeja
amigo, la uva festeja
que las tristezas aleja
noche y día
noche y día.

Botón de azúcar y beso,
sol en gotas, peso a peso,
¡ay! ¡qué divino embeleso
nos envía,
nos envía!

¡Ay!, a la parra, etc.

¡Ay! danza de verde y oro
de las abejas el coro
y la sillita del moro,
vida mía,
vida mía.

Quien quiera saber del cielo
véngase acá sin recelo
y trague bien el anzuelo
de Almería,
de Almería.

¡Ay! a la parra, etc.

El polifacético Manolo del Águila dedicó una de sus obras musicales, *Petenera a la orilla*, a Celia Viñas.

También, por dar un ejemplo, se encargó de los efectos musicales en el montaje de la tragicomedia de Lope de Vega *El Caballero de Olmedo* que ofrecieron los estudiantes de séptimo curso en el teatro Cervantes en la octava de su patrón Santo Tomás de Aquino, el 14 de marzo de 1953. Celia, además de la dirección y adaptación, realizó el papel de Fabia.

En vísperas de la boda de Celia y Arturo, en septiembre de 1953, les regaló Manolo una buena y antigua guitarra, que Arturo conservó amorosamente. Acompañó el obsequio con estas sentidas y bellas palabras a modo de dedicatoria:

«Amigos Celia y Arturo:

Cada cosa tiene su filosofía, y no es mala la que la guitarra lleva dentro de sí.

¿Es procedente o no es procedente haceros este regalo?... Creo que sí.

La intención es inmejorable: que la alegría no falte en vuestra casa, ni el aliento del arte, ni se deshaga nunca el encanto que ahora os rodea».

Por desgracia, poco duraría este encanto porque en junio de 1954 falleció Celia.

Celia escribe hermosas dedicatorias al regalar sus libros. Así lo hace con Manolo, su gran amigo. Dedicó el primero de sus libros *Trigo del corazón*, bellísimamente encuadernado en piel y pegadas sobre una serie de hojas en blanco las críticas y algunas cartas que sobre el libro ella había recibido, en julio de 1947, con estas palabras:

«Para ti Manolo por tantas cosas.



Amigo de Celia Viñas, la gran dinamizadora de la cultura almeriense en la década de los cuarenta

En *Canción tonta en el Sur*, en junio de 1948 y en Almería, le estampa esta dedicatoria:

«A Manolo del Águila, por su saladísima gracia del Sur, por el mar y las barcas todas, por la marinería de blanco ¡y tú!».

Más extensa es la improvisada para *Palabras sin voz*:

«Amigo Manolo, ya sabes cuando mueren las palabras... Tú has elegido la mejor parte y mis palabras sin voz tienen que agradecerle ¡tantísimas!, la gracia de tu música... así, te ofrezco, hoy mis *Palabras sin voz* porque los dos sentimos esta hermosura honda de la ciudad, el campo, la marina y la buscamos en un no sé qué, en un no sé cómo, quizá, en un porque sí ¡Ay, Manolillo del Águila! Por peteneras te enviaría mis palabras sin voz. Almería, mayo hermoso 1953. Celia».

También le dedicó algunas fotos. Por ejemplo, en junio de 1949, un retrato de estudio de medio cuerpo y, al dorso, estas palabras: «A Manolo del Águila, por su gracia, por su voz, por su eco, por su mar, por su todo ¡y cómo!».

A través de Celia Manuel del Águila entró en contacto con los integrantes del grupo poético «Dabo» de Palma de Mallorca, que editan unos pliegos de poesía con este mismo título. Rafael Jaume y Celia Viñas le escriben, en enero de 1952, una carta, como si fueran dos notas en una cuartilla, en estos términos:

«Admirado músico:

Por mediación de Celia Viñas he conocido algunas un par sólo de melodías tuyas. Me han gustado de ellas su colorido, su brillo.

Y Celia misma ha sido quien ha hecho posibles estos pliegos poéticos de que le habla el boletín adjunto. Ella también me ha dado

sus señas para que yo le escribiera para pedir ayuda. Sé que su gusto literario es bueno y nada vulgar. *Dabo* ha de gustarle.

En Diciembre pasado salió el n° 1. El n° 2 va a la imprenta ya. Díganos si quiere recibir el n° 1 y se lo enviaremos gustosamente.

Espero sus gratas noticias y le saluda cordialmente su nuevo amigo, q.e.s.m., y confía en su apoyo. Rafael Jaume.

P.D. Un número del estío se consagrará a la Música. un fotograbado de una partitura suya estaría bien, ¿no cree? Como hay tiempo, ya hablaremos de este proyecto».

A continuación, en la misma cuartilla, viene la carta de Celia, a modo de nota:

«Queridísimo Manolillo:

Por el 'Yuguete' veo que sigues con tus versos. Tenía esta carta para ti de una preciosa revista de poesía contemporánea y no te la había remitido por aquello del 'sablazo' de la suscripción, pero ahora creo que esta idea de un número musical en algo tuyo dibujado por Xam el xilógrafo de la revista sería estupenda.

¿No te parece?

Y ya es hora de que publiques en revistas de buena estampa.

Siempre tu amiga con o sin primavera.

Celia».

Quisiera terminar estas líneas, homenaje a la auténtica amistad personificada en Celia y Manolo, amistad que aún perdura en el recuerdo y en los artículos que en repetidas ocasiones él ha escrito sobre su figura, con el breve poema que Celia compuso, en junio de 1950, para una foto de Manolo, de pie y en bañador apoyado en el mástil de un barco de vela en aguas de nuestra bahía:

Esbelto Hermes intacto,
venías asido al mástil,
no a una firme columna ,
perfecto como un dios,
ajeno a su medida.

Acuchillando al aire
convertido en caricia,
el viento iba impulsando
la curva de la vela
como un ala de ave.

Salpicado de espuma,
esbelto Hermes intacto,
te sobraba la clámide.

J. Teruel

Director de Grupo Escolar en Sevilla

«Entrad a ver si os gusta y os venís cuando queráis a pasar unos días». Apenas hecha esta sincera invitación, Manolo está sentado al piano. Sus dedos se mueven sutilmente se diría que acarician el teclado y la habitación se llena de una música que uno ya tiene clavada en el alma desde pequeño: *Si vas pa' la mar*, resuena en los oídos y regocijan el alma. «¿A que suena bien?», pregunta el pianista sabiendo cual va a ser la respuesta. y no es que suene bien; es que está uno como en el pórtico del cielo. Unos momentos antes, Mary Lola y yo hemos creído reconocer una acuarela que nos ha hecho tener la sensación de estar en casa; fue su regalo de bodas y aquí está la visión gemela de la Chanca que retrató en su día Jean... Son las dos de la mañana y estamos, cómo no, en casa del maestro Manuel del Águila Ortega, compositor y poeta. Pero, después de escribir esto, me doy cuenta de que no lo he dicho todo. Porque Manolo del Águila es mucho más que eso, a pesar de que eso lo es en plenitud.

Entrados ya en la casa, sin que dejemos de percibir en ningún momento el murmullo de las olas del mar de Costacabana, cada centímetro de la vivienda es un recuerdo de algo, una invitación a soñar, un estímulo para volver. ¿Cómo es posible, me pregunto, que yo pueda estar aquí, es que todo se me ofrece; perdón, se nos ofrece a mi mujer y a mí, y uno sabe que es de verdad, porque estamos gozando de la amistad que Manolo del Águila brinda a todo el mundo sin excepción si hay alguna, se la hace el otro, que él no distingue nunca a la hora de abrir su casa .

Y Manuel del Águila Ortega ha sido así siempre; esto es lo que no encaja en absoluto en un paisaje como el de Almería, que si que es de exquisita cordialidad y acogida, pero que aún hoy mantiene esas barreras insalvables de separación de «ambientes» En este aspecto, tampoco se puede decir que Almería sea una excepción . Pero Manolo es de otra clase. Desde siempre y gracias a su infancia entre jabegotes en El Alquíán, pero sobre todo por su actitud ante la vida, Manolo ha sido diferente. Aunque tiene dinero y aunque ha

sido siempre en Almería persona de la «Corte» que ha tenido todas las puertas abiertas, este hombre absolutamente singular jamás ha distinguido de clases sociales, ni de pedigrís culturales, ni de puñetas de ningún tipo.

Y, a pesar de todo lo dicho, y también por eso mismo, Manolo es un gran vividor. Ya sé que el término tiene otras acepciones que no son aplicables aquí. Nadie como él para sacarle a la vida su último recurso, ni para percibir del mundo que lo rodea su aspecto más reconfortante. Por favor, no le habléis a Manolo de la úlcera de estómago, ni de la hipoteca, ni de lo mucho que está subiendo el mibor. Así que, cuando lo invitéis a un chato de vino o a un pastelico, aprovechad el tiempo haciéndole revivir a este hombre impar sus largas charlas con Celia o sus recordados flirteos con el cine; también, os lo recomiendo, motivad sus relatos sobre tantas y tantas escaramuzas amorosas en las que intervinieron siempre singulares piezas que gozaron en su día de una merecida popularidad. Y, así, entre relato y relato, podréis disfrutar de la deliciosa charla de este contador de historias que, por muchas que le hayáis oído, siempre tiene una más para deleitaros.

Manuel Andújar

Universidad de Tucumán-Argentina

Entre las cosas que amo en la vida, todo el mundo lo sabe, está ese rasgo español presentificado en todas nuestras costumbres, familiarmente transmitidas.

Los viajes, las lecturas, mis gustos cotidianos, el folclore, la poesía, han sido caminos de preferencia que me sobrevinían, provocando ese reencuentro con primordiales inscripciones infantiles. Federico García Lorca, quizás fue el más vivo de todos estos caminos y también el que hace que llegué a Uleila del Campo un caluroso agosto del 94...

No estaba previsto ni fantaseaba que en esa convocatoria del V «Volver a Uleila Encuentros con Andalucía», con catedráticos españoles y de la Sorbonne de París, yo iba a conocer a un hombre en el que cantaba y bailaba todo el ritmo íntimo de Andalucía.

Desde esos momentos Manuel del Águila Ortega, pasó a ser para mí el paradigma de lo que entiendo por *cultura viva* de una región, que siempre irremediamente se transforma en cultura universal.

Memorioso, con una gracia sin par, con referencias y citas cultas, popular y fino, académico sin acartonamientos, amistoso y anecdótico... ¡ahí de cuerpo entero estaba; un Maestro! Uno se puede acercar a Manuel sin pudor ni inhibiciones, ponerse a su lado y sentir como su saber e interrogantes, inculcan una manera más estética y creadora de pensar y sentir la vida. Su discurso imparable tocando todos los temas personales y culturales al mismo tiempo, exige al que escucha que no debe seguirlo, sino perseguirlo vertiginosamente para no perder nada. No se trata de ser inteligente y rápido, sino sensible a todo lo que tiene que ver con la condición humana, a la que el discurso de Manuel la amplifica y le pone nuevo ritmo... me gusta cariñosamente llamarlo Manolo.

Este gran Maestro, también tiene esa condición de los grandes de una comunidad, ser juvenil, actuales, pero donde uno siente que corre sangre antigua y que en ese ensamble de planos y épocas dife-

rentes producen con su palabra y su gracia, una chispa que enciende ideas nuevas con musicalidad de naturaleza, con ese diástole y sístole de las cosas auténticas... están más lejos de la tinta que del agua de vertiente y también de la sangre. Quizás por esto me recuerda más que nunca esos sentidos versos:

«Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia».

Pero más allá de la gracia, la palabra y el anecdotario inacabable de Manolo, ¿dónde se acurruca profunda y calma su ternura? En ese anfitrión maravilloso que con naturalidad sabe serlo aquí un recuerdo ; mi hija Mariana y su amiga Marcela viajaban por Andalucía bailando folklore argentino y pasaron por lo de Manolo, Granada ocho de Almería llevando mis saludos. Ocurrió lo previsible conociéndolo a él: invitaciones, regalos, música, charlas obsequiosas y una invitación al mar... hasta ahora nos hablamos tres o cuatro veces por año y otro tanto de cartas Manolo sigue mandando sus cariños y recuerdos para sus «jóvenes amigas» de apenas unas horas.

En épocas tan ausentes y de pobreza en los vínculos afectivos es un canto auspiciante que un hombre con basta experiencia se comunique y ligue tan afablemente con los jóvenes. Cada estado debería instaurar un mundo mejor, simplemente porque tienen el Don de encastrar con musicalidad el presente y el pasado, lo popular y la excelencia, lo festivo y las tristezas, lo intelectual y la verdad que corre loca por las calles.

Los hombres de la talla de Manuel tienen un deseo irrenunciable de vivir a pleno y donde el arte naturalmente se da porque parece la vida no alcanzar. ¡Que bueno eso de Freud! «no podemos renunciar a nada, no hacemos más que cambiar unas cosas por otras... el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo».

Amigos almerienses, mi prosa sería interminable hablando de las condiciones humanas de Manolo, así que concluyo con este poema



Profesor y alumno en Oxford

del poeta argentino y contemporáneo Hamblet Lima Quintana. Seguramente yo sería más feliz diciéndolo con toda mi voz en algún agosto y así lo haré en la generosa casa del catedrático Jacinto Soriano, entre migas, vinos y amigos...

¡Para ti Manolo, con toda la ilusión y fuerza de Latinoamérica!

Gente

Hay gente que con solo decir una palabra
enciende la ilusión y los rosales,
que con solo sonreír entre los ojos
nos invita a viajar por otras zonas,
nos hace recorrer toda la magia.

Hay gente que con solo dar la mano
rompe la soledad, pone la mesa,
sirve el puchero, coloca las guirnaldas,
que con solo empuñar una guitarra
hace una sinfonía de entrecasa.

Hay gente que con solo abrir la boca
llega hasta todos los límites del alma,
alimenta una flor, inventa sueños,
hace cantar el vino en las tinajas
y se queda después como si nada.
Y uno se va de novio con la vida
desterrando una muerte solitaria
pues sabe que a la vuelta de la esquina
hay gente que es así, tan necesaria.

Juan Pedro Vázquez Guzmán

Dpto. de Historia del IEA

Pretender alumbrar unas páginas con algunas gotas de sabor literario para los que nos dedicamos a enseñar Historia y, a veces, a escribir sobre ella puede resultar una aventura con resultado final difícil de predecir toda vez que el impulso que guía la pluma viene directamente del corazón y no de la mente. Pero no hay mayor sinceridad que seguir a nuestros sentimiento que son en definitiva los responsables de los momentos importantes de nuestra vida y por lo tanto de nuestros recuerdos más hermosos. Sirvan pues las siguientes líneas como sincero, agradecido y modesto homenaje desde Canjáyar a Manuel del Águila.

En 1956 es nombrado alcalde de la Villa don Miguel García Fernández, cuya familia mantenía una estrecha relación de amistad con Manuel del Águila y de quienes acepta gustoso el encargo de la composición de un himno para la Santa Cruz patrona del pueblo y este hecho une a Manolo para siempre con Canjáyar y con su historia.

La información recogida para su obra sobre las circunstancias de la aparición de la reliquia el 19 de abril de 1611 dando lugar a una de las tradiciones religiosas más antiguas, hermosas y singulares de nuestra provincia unido a la visión cautivadora que para él tiene el paisaje de Canjáyar (*esos ocre y verdes mezclados en serena y armoniosa belleza*, me confesaba hace un tiempo en la plaza del pueblo esperando la salida del Ángel con la Cruz), dieron como fruto el solemne y hermoso himno de la Santa Cruz que todos desde niños aprendemos.

¿Cómo era Canjáyar en 1611? Las Alpujarras acababan de salir de una pesadilla de odio, guerra y represión que se había ido gestando desde la reconquista castellana, entre la intransigencia de unos y la intolerancia de otros. La rigidez de la política de Felipe II desemboca en rebelión abierta en la Navidad de 1568 y aquellos personajes y sucesos oídos de labios de mi abuelo: Aben Humeya, Aben Aboo, Aben Farax, Las Paces y tantos otros recreados con emoción en mi mente juvenil cientos de veces en los mismos lugares de los hechos y que además de mi pasión por la Historia me llevaron a escribir

unos versos que dediqué ingenuamente a mis paisanos moriscos y que quiero dejar aquí:

Retumba en el valle aún el eco
del indómito grito guerrero
que hinchó corazones morenos
cuya sangre vibró en el desierto.
Y al que quiso matar la alegría
de un pueblo poeta y errante,
se enfrentó con feroz valentía
matando y muriendo por Marte,
pero nunca dobló la rodilla.

Contaba Canjáyar tras la sublevación morisca con 165 vecinos (cabezas de familia) cristianos nuevos (moriscos), en Nieves había 45 y en toda la taha de Luchar 658, además de 20 cristianos viejos que se repartían por toda la taha, cuyos límites estaban en Rágol por el sureste, Abla y Abrucena por el norte, Fondón hacia el noroeste y Felix y Dalías al suroeste. Había en el pueblo 5 molinos de harina, 4 de ellos de moriscos y el otro en el río Chico del cristiano viejo Melchor de Valera quien lo había heredado de su padre. Los hornos también eran 5 de los que 4 eran de la Iglesia y el restante de Gonzalo de Castro y sus herederos. Completaba el panorama anterior un horno de pan, una almazara y 2 molinos de harina en Nieves, todo ello propiedad de moriscos.

Los datos de producciones agropecuarias los podemos resumir añadiendo que toda la taha producía unas 1200 onzas de seda, ocho mil arrobas de aceite, abundante vino y pasas y que había gran cantidad de álamos, cañaverales, castaños, encinares, y algarrobos. Canjáyar regaba con las aguas del río Chico (de Ohanes en el Libro de Apeo), del río Andarax «..cada uno cuando quiere porque hay mucho agua» y de la acequia de Nieves, la de Alcora y la de Handatices (rambla de Tices). No había pilares sino aljibes con agua propia que se llenaba cada quince días. Abundaban los montes de pasto y de caza con conejos, jabalíes, perdices y cabras monteses. La abundancia de bellota atraía hacia los encinares de la sierra a tres mil cerdos que no pagaban por el pastoreo.

La represión sangrienta que sobre los eclesiásticos y cristiano viejos de Canjáyar ejerció Farax Aben Farax con sus cuadrillas de monjes la podemos imaginar con las prudentes reservas, siguiendo el relato de los cronistas de la época uno de los cuales, Antonio de Almenara nos relata en su obra sobre los mártires alpujarreños el salvaje martirio de los hermanos de Canjáyar Gerónimo de San Pedro y Francisco de La Torre quienes en su sacrificio alababan a Cristo y a la Virgen y añade «... impacientes los pérfidos herejes de oír estos nombre y el de LA SANTA CRUZ que repetidas veces nombraban, llegó un infiel y a cada uno les abrió la boca y les cortó las lenguas».

Tras la pacificación comienzan los preparativos para la repoblación teniendo también en cuenta no solo el vacío de ocupación de la tierra con los peligros y la merma recaudatoria para la Corona siguiente, sino el estado de abandono y degradación en que habían quedado los campos y las viviendas que en el caso de la taha de Lúchar según Juan Vizcaino, el experto que interviene en el apeo, todas estaban en muy mal estado por la calidad de sus materiales «... de tierra muerta y sin cal»

El estado de los núcleos de población aconsejaba anexionar los pobladores de Nieves a Canjáyar, que Ohanes se poblase solo, Autura y Bolnieva se debían unir a Padules, Bogaraira a Almócita y Beires sólo.

El 31 de marzo de 1573, en Granada, en la plaza de «Bibarrambla» obedeciendo órdenes del juez Blas Dorantes, el pregonero Blas de Contreras publicó con su voz la posesión de todos los bienes dejados por los moriscos en la taha de Lúchar. dorantes toma posesión de los bienes de Canjáyar el 9 de abril, le ayuda como conocedor Juan Vizcaino, hijo de Pedro (uno de los siete cristianos viejos que residían en Canjáyar). Cinco días más tarde el juez toma posesión de los bienes de moriscos de Nieves, prolongándose estos actos hasta el 28 de junio en que se realizó la toma de posesión general en nombre del rey.

Los apeos comienzan el 9 de abril. El recuento ofrece 80 casas «razonables que con mediano reparo se pueden habitar y otras 70 casa ynabitables». También se apearon tres almazaras (dos en el centro del pueblo y otra en el camino de Padules) que eran de moriscos y se encontraban en muy mal estado, y cinco molinos de harina también de moriscos: uno en el río Chico y los otros en el río Grande (Andarax), todos muy deteriorados.

El domingo 7 de junio, tras la misa se apearon las tierras y arboledas de riego con Juan Vizcaino, Antón Ruiz y Domingo Hernández, vecinos de Canjáyar como tanteadores y medidores de las tierras a sortear. Estos tres días antes, en su informe habían detallado en cada pago (Nieles, Jalis, rambla de Tices, Bocharaya, etc.) el número de celemines de regadío y de olivos que hay en ellos y que en sus cálculos suponían 4428 celemines de riego y 4275 olivos que al repartirse entre las 92 suertes de población tocaban cada una de éstas a 48 celemines de tierra de riego y 46 olivos.

El apeo de las tierras de secano situadas lógicamente en las zonas más altas de las sierras se realizó el 23 de junio excluyendo la sierra de Gáldor «por el peligro de moros» y de las 600 fanegas a repartir cada suerte tocaría poco más de 6 fanegas. Dos meses antes de estas adjudicaciones (el 11 de abril) se habían comenzado a apea los bienes particulares de hábices y cristianos viejos que no entraban en el reparto.

El 26 de diciembre de 1570 se crea el consejo de población como organismo encargado de la dirección de la repoblación del reino granadino y la orden de repoblar la taha de Lúchar es recibida por el licenciado Frías, Alcalde Mayor de la Alpujarra a mediados de noviembre de 1572. Se reparte 92 suertes para 72 pobladores la mayor parte de los cuales eran oriundos de Andalucía (Jaén, Sevilla), Murcia, Castilla (Albacete, Toledo, Guadalajara) y Valencia.

En la visita que en 1574 realiza a Canjáyar Juan Rodríguez de Villafuerte Maldonado, Comisario de Población informa de 7 vecinos, dos años más tarde Arévalo de Suazo solo encuentra y la cifra se reduce a 51 en 1593 con los datos de la visita de Diego de Mendoza. Las causas del descenso apuntan entre otras causas a la corrupción y los abusos de los funcionarios. Posteriormente se asientan 25 nuevos repobladores.

Entre los repartos de suertes de 1572 encontramos una que por la importancia del repoblador reproducimos «**Juan Matías de Peralta**, vecino de Madrid y poblador le cupo en suerte... ítem una fanega de tierra de secano en lo que está en la ladera bajo del camino del puerto de Ohanex... ítem cinco fanegas de tierras de secano en la sierra de Alcudia (Montenegro)».

La relación de sacerdotes de Canjáyar en los primeros años de la nueva población está encabezada por Pedro de Santiago (1574),



Investigador de nuestras raíces

Francisco Dávila Salmerón (1577), Antonio de Sanahuja (1782), Diego de Solís (1585), nuevamente Francisco Dávila (1597) y en 1610 el licenciado Gaspar Martínez de Escalona es beneficiario de Canjáyar y vicario del Partido (tahas de Lúchar y parte de la de Marchena).

El «dulce milagro» de la aparición de la Santa Cruz

La actual iglesia de Canjáyar es una reconstrucción de la anterior que sufrió gran daño en el seísmo de 1804 y que se alzaba sobre la mezquita del pueblo. El muro de la qibla coincidía con la actual entrada.

El 19 de abril de 1611 en unas obras de reforma del baptisterio apareció la Santa Cruz. El cura de Canjáyar era don Diego de Quijada y el sacristán uno de los repobladores natural de Madrid, Juan Matías de Peralta del que ya hemos hecho mención anteriormente. Ninguno de los dos eclesiásticos anteriores ni el vicario Martínez de Escalona concedieron carácter milagroso al hallazgo. Una anotación (en el libro de bautismos) de gozo y alabanza por haberse salvado la imagen de la destrucción en los sucesos de 1568.

El arzobispo granadino D. Alonso de los ríos comunica al cura de Canjáyar don Luis Cerdán, y al beneficiado don Pablo Ruiz la concesión al Concejo de la villa del permiso para construir en la iglesia un nicho y poder adornarlo para albergar la imagen de la Santa Cruz, teniendo en cuenta el voto hecho por los vecinos de festejar el día de su aparición y procesionarla hasta la actual Cruz Blanca y así lo habían repetido año tras año. En 1738 el cura de Canjáyar don Antonio Montero y el Concejo comunican al arzobispo granadino don Felipe de Tueros y Huerta la restauración del templo y solicitan el nombre de la Santa Cruz para la parroquia que antes contaba como titular a Santa María. La petición se concede el 24 de julio.

La Hermandad de la Santa Cruz se creó probablemente en 1681 y dos años más tarde se aprobaron sus constituciones. Don Cristóbal Fernández beneficiado de Canjáyar dio a conocer a la Hermandad la bula que les había sido concedida por el papa Benedicto XIV. Se acordó señalar el 19 de abril fiesta principal en conmemoración de su aparición.

En 1773 el beneficiado Fernández realiza una petición para la declaración del copatronazgo de la Santa Cruz con San Antonio Abad. Tres años después y ante la amenaza de plagas se reunieron el beneficiado Fernández, el cura de Canjáyar don Diego Felix Montoro, los alcaldes don Antonio Fernández y don Alfonso Pastor, los regidores don Francisco Sánchez y don José Jiménez junto con el resto del Concejo y se renovó la promesa de bajar en procesión descalzos a la Cruz Blanca con la Santa Cruz y San Antón. Del acuerdo anterior dio fe el escribano Domingo Fernández Algarra y el acta correspondiente se unió a la petición al arzobispo granadino quien además de confirmar el voto declaró tres días de precepto en Canjáyar: el 19 de abril (aparición de la Santa Cruz), el 14 de septiembre (Exaltación de la Cruz) y el 17 de enero (San Antón). También el beneficiado don Cristóbal Fernández construyó un retablo en cuyo centro y en una urna de cristal se depositó la Cruz.

¿Cómo llegó la Santa Cruz al muro del baptisterio de la iglesia?

La respuesta a la pregunta anterior nos viene ya dada desde niños y nos habla del sueño durante tres noches seguidas del sacristán Juan Matías de Peralta, de una procesión de ángeles que llegaba hasta el baptisterio y que tras comunicarlo al sacerdote y excavar el lugar apareció la Cruz.

En el plano de la realidad, lo más probable es que la cruz la trajese algún peregrino desde Tierra Santa y ante el peligro de la sublevación morisca en 1568 la ocultase con los primeros rumores de la revuelta y allí apareció 43 años más tarde. Podemos pensar que además del propietario habría más vecinos en el secreto de la ocultación de la reliquia y que todos ellos sucumbieron a manos de los moriscos sin revelarlo. Los hermanos Gerónimo de San Pedro y Francisco de la torre en cuyos lamentos (según la crónica de Almenara) se invocaba con frecuencia el nombre de la Santa Cruz durante su martirio posiblemente conociesen lo anterior y les sirviese para reconfortar su espíritu ante su inminente muerte.

Hasta aquí el marco histórico que inspira los versos de Manolo del Águila que componen el hermoso poema del himno a la Santa Cruz. toda esa carga misteriosa del origen de la reliquia y su llegada a Canjáyar nos lo canta la pluma de Manolo con la hermosa frescura de su amor a esta tierra: ... el mar azul, las olas blancas, el agua en el río, el verde en la hoja y la nieve (otra vez la pureza de la blancura)

quieta en la montaña. No se puede con menos palabras dibujar mejor nuestro paisaje y cada diecinueve de abril cuando volvemos entre todos a hacer nuevamente realidad el «dulce milagro» de que nuestra Cruz recorra nuestra calles, es ése el paisaje que ensancha nuestro corazón. Los tallos verdes de nuestras parras son más verdes ese día, la nieve de Barjalí también es más blanca y el agua de nuestros dos ríos cascabelea en nuestros oídos con fresco y armónico sonido.

También esa noche mágica de abril nos muerde el pecho cuando nuestros ojos fascinados por el resplandor de la pólvora buscan sin encontrar entre nosotros a los que nos han dejado «... que traen del sendero triste de la vida» dice un verso del himno para a continuación en otro estallido de vida añadir «olores de rosa y luz para el alma», cantando el aroma de las flores de los huertos al paso del Ángel y la Cruz, y el torrente de almas encendidas con velas en las manos queriendo ser los ángeles del sueño de Matías de Peralta.

No podíamos dar fin a estas líneas sin dejar una vez más constancia de nuestra profunda gratitud a Manolo del Águila por habernos dado a los hijos de Canjáyar unos versos tan sencillos como hermosos y que hechos melodía en nuestros labios recogen magistralmente todo nuestro sentimiento como pueblo con la Santa Cruz como luz y guía de nuestros pasos.